

## Ser a través de los ojos. Metáforas del mundo y del yo en *Ver llover* de Germán Machado y Fernando de la Iglesia

Gimena Crena  
UBA

Ya sea explorando sus sentidos etimológicos o simbólicos, la filosofía se ha preguntado una y otra vez, qué es la infancia. Dos figuras del pensamiento contemporáneo, Jean-François Lyotard y Giorgio Agamben, han abordado el problema de la infancia en su vinculación con la construcción de la subjetividad y los límites del lenguaje.

*Ver llover*, poemario para niños escrito por Germán Machado e ilustrado por Fernando de la Iglesia, nos muestra cómo los ojos de un niño ven caer la lluvia sobre la ciudad.

El objetivo de este trabajo es explorar la relación entre infancia, subjetividad y lenguaje en Lyotard y Agamben y analizar cómo la voz-niño ronda lo indecible en busca del lenguaje puro, a través de ciertas imágenes que devienen metáforas del yo y del mundo en las páginas de *Ver llover*.

### La infancia y lo indecible

En *Lecturas de infancia*, Jean-François Lyotard se pregunta qué implica la palabra “sobreviviente”. A partir de allí, desarrolla las cuestiones del tiempo, el ser y el no ser. ¿Qué es lo que sobrevive? ¿A qué sobrevive?

Siguiendo a Hegel, explica que “el espíritu no sobrevive a la muerte, es el relevo de la vida inmediata”. El ser, el verdadero, la pura potencia, sólo pueden ser más allá de esa vida inmediata.

Sin embargo, el yo, lejos de esa pura potencialidad, se ve arrojado en el mundo. Y, entonces, surge el problema del tiempo. La enunciación es la aparición del tiempo. Decimos “yo” y creamos el tiempo.

Así, el tiempo es, para el yo, la representación del abismo entre necesidad y contingencia. “Lo que es *ahora* necesario, incambiable, era *entonces* contingente”, afirma Lyotard (Lyotard, 1997: 65). Cuando decimos yo, cualquier predicado es posible pero, una vez dicho, es inamovible, ha quedado determinado, ha sido de-

jado atrás y ahora es sólo *ausencia*. El devenir temporal es, entonces, una presencia que deviene ausencia. Presencias que devienen ausencias. Y duele aceptar esta ausencia<sup>38</sup>. “Esta imposibilidad de hacer el duelo de la presencia pasada (...) se llama melancolía”, continúa Lyotard. Ante esta traición constante, el presente —del que se sabe devendrá ausencia— desaparece. Así, “el espíritu que sabe que no hay nada (...) hace como si eso fuese” (Lyotard, 1997: 69). Para Lyotard, la consecuencia no es el cinismo ni el ludismo, es *la infancia*. Por marginal, por vulnerable, por subalterna, la infancia conoce de impotencias y decepciones. Lyotard la define: la infancia es la obediencia a una deuda, “deuda de ser-ahí pese a todo”.

También Giorgio Agamben se pregunta qué es la infancia en *Infancia e historia* (primera edición: Italia, 1978). Tratando de reafirmar la distinción de la esfera trascendental (siguiendo a Kant), en busca del estatuto original de la experiencia (siguiendo a Husserl), Agamben aborda el problema del *cogito* y se pregunta hasta qué punto el *yo pienso* puede ser más allá del sujeto. El *cogito* ¿se trata simplemente del ámbito de la enunciación? (Agamben, 2001: 23 y 64-66). Afirma: “la conciencia no es más que el sujeto del lenguaje” (Agamben, 2001: 65). En este punto, entonces, aparece el concepto de infancia en un sentido etimológico, es decir, como in-fancia<sup>39</sup>: “aquello que en el hombre está antes del sujeto, es decir, antes del lenguaje” (Agamben, 2001: 64).

Sin embargo, la representación de la conciencia parece no poder escapar del lenguaje. Agamben ve un ejemplo de esto en el caso del “fluir de la conciencia”: aunque las obras de Joyce o de Faulkner desarrollen magistralmente la técnica del monólogo interior, el material con el que experimentan sigue siendo el lenguaje. Agamben se pregunta si es posible la existencia de un momento en el que hay hombre pero todavía no hay lenguaje; se trataría de la experiencia pura y muda. Aquí el concepto da un giro: “*Como infancia del hombre, la experiencia es la mera diferencia entre lo humano y lo lingüístico. Que el hombre no sea desde siempre hablante, que haya sido y sea todavía in-fante, eso es la experiencia*” (Agamben, 2001: 65, cursivas del autor). La in-fancia deja de pensarse como un momento y se transforma, esencialmente, en lo otro del lenguaje, su reverso: si no existiera la in-fancia, no existiría el lenguaje. La infancia es lo inefable, ese resto que hace imposible la *adaequatio ad rem*.

Otra vez, la infancia representa el ser frente al no ser, la posibilidad frente a la determinación.

## La voz y lo indecible: metáforas del yo y del mundo en la voz-niño

En *Ver llover* (2010), poemario para niños escrito por Germán Machado e ilus-

---

<sup>38</sup> Dice Lyotard que es una *traición*. Digo que es un *dolor*: salto hacia la voz, asomo del cuerpo.

<sup>39</sup> Según Corominas, “infante” proviene del latín *infans*, *-tis*, “incapaz de hablar”, derivado de *fari*, “hablar”.

trado por Fernando de la Iglesia, versos y collages se combinan para contar cómo la lluvia cae sobre la ciudad. Sin embargo, el acento no está puesto en la lluvia ni en la ciudad sino en los ojos que la ven y las sensaciones que se viven a través de ellos. Así, el texto se llena de metáforas en torno al mundo y el yo: ser a través de los ojos.

El libro comienza con una pregunta:

¿Qué color tiene el aire  
y el agua  
y los soplidos del viento  
en una tarde de lluvia?

Y da una respuesta:  
Dependen de tus ojos  
los colores.

Y cuando estás quieto  
y te mojas  
y una brisa te roza la cara  
mientras dices:  
rojo, azul, amarillo,  
gatos, coches, llovizna...  
las palabras te prestan los colores que faltan  
en el aire, en el agua, en la calle,  
en tus ojos oscuros,  
sorprendidos.

Los colores, la ciudad, el mundo no están fuera; están en los ojos del que los mira y llegan a él a través de las palabras. Frente a los ojos, todo se desdibuja y se vuelve a dibujar. Y, mientras se ve llover, se ve aparecer al que mira. La subjetividad se proyecta en la ciudad, en su cielo, en su lluvia. Entonces, el que mira es. Las gotas caen y dibujan el yo que las mira.

En una gota caben  
los colores del mundo.

Y si miras de cerca  
en una gota caben  
tus ojos.

La gota, como un aleph borgeano, contiene el mundo mirado y más: al que mira.

Esa gota,  
que ahora salpica tu rostro,

necesita las demás gotas para ser lluvia,  
y las demás  
también la necesitan.

Tus ojos,  
esos ojos que ahora miran otros ojos  
que ahora miran;  
tus ojos  
necesitan los demás  
para saber qué es mirar  
y lo que miran.

El yo y el mundo se transforman en el yo y el mundo de los otros. Mundo de subjetividades, ya no es sólo el mundo observado y observable sino el mundo que observa. Ya no es el otro sino *los otros*.

¿Quién mira por el ojo del huracán?  
¿Qué ogros y demonios?  
¿Qué fieras?  
¿Qué dioses ofendidos?

Nadie mira:  
ningún monstruo,  
ningún demonio terrestre,  
ninguna fiera marina.

El huracán tiene un ojo ciego.

(...)

La calle tiene bocas de tormenta  
por donde bebe el agua  
cuando llueve en la cuadra  
donde vives.

Y la calle tiene ojos de tormenta  
si miras la calzada y ves  
que te hace una guiñada  
el reflejo del cielo  
chapoteando en los charcos  
con su botas de lluvia.

Las bocas de tormenta beben el agua y los ojos de tormenta aunque no ven

(tienen ojos pero han quedado ciegos), nos hacen una guiñada. Una *metáfora fossilizada*, lexicalizada y disimulada en el registro cotidiano (ojo de tormenta, boca de tormenta), se literaliza, se vuelve argumento y deviene acción.

Parece ser la voz del niño la que pregunta quién mira por el ojo del huracán. Parece ser la voz del adulto la que responde que nadie mira. Parece que la racionalidad adulta (“nadie mira”) triunfa sobre la fantasía del niño (“ningún monstruo,/ ningún demonio terrestre,/ ninguna fiera marina”). Pero no; la metáfora sobrevive: “El huracán tiene un ojo/ ciego”. Su supervivencia es extrañamiento; y el extrañamiento le permite recuperar su fuerza como metáfora y su dimensión inventiva. La voz del niño se impone.

El domingo gotea tranquilo.

Salpica el gris  
griss  
griss  
grisssss...

La metáfora (el domingo que gotea: el tiempo hecho cosa) introduce un lenguaje que se anima olvidarse del mandato comunicativo; se olvida de ser herramienta que dice algo y juega consigo mismo para decir que es. La “s” deja de comunicar y juega contra el blanco de la página. El juego mallarmeano en el que el lenguaje alcanza la noción pura<sup>40</sup>. Deja de ser fonema, desafía el blanco y se vuelve dibujo: gotea el gris.

La palabra sabe que es lo que no es el blanco de la página. El desafío acumula sentidos: ya no sólo es símbolo de un sonido en el silencio, es ícono del agua, de la lluvia. Afirma su ser, desafiando lo otro, lo que no es.

VER  
LLO  
VER

Las sílabas se dibujan en la portada del libro como gotas de lluvia que caen. VER se refleja como en un espejo y, en medio, un LLO que nos remite en su sonido a un “yo”. Las letras dan lugar al dibujo: “Pero sólo cayeron tres gotas locas” afirma el texto junto al dibujo de tres gotas “que agujerearon el silencio de este papel/ al final del día”. Un rectángulo azul inunda un verso como el agua de lluvia inunda la ciudad.

En *Ver llover*, la voz del poeta se vuelve voz de niño cuando juega, dibuja y desafía el silencio, llenándolo de sentidos que escapan a las reglas del sentido. Los sentidos se abren y sospechamos que lo dicho no fue dicho y que en cada espacio en blanco hay una palabra que puede ser todas las palabras.

---

<sup>40</sup> Tomamos aquí algunos conceptos desarrollados por Derrida (Derrida, 1989).

Si ahora miras con fuerza  
adivinas la palabra  
que aquí falta:



Dos sílabas, seis letras,  
y agua,  
y agua...

### **Bibliografía**

- Agamben, Giorgio (2001). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Coromines, Joan (2009). *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Buenos Aires: Del Nuevo Extremo.
- Derrida, Jacques (1989). "Mallarmé". En: *Anthropos, Revista de documentación Científica de la Cultura*. Barcelona, pp. 59-69.
- Lyotard, J-F. (1997). "Sobreviviente". En: *Lecturas de infancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Machado, Germán (2010). *Ver llover*, Buenos Aires: CalibroscoPIO.